

PCE, Santiago Carrillo: enero de 1977 o el giro sacrificial de la Transición¹

Vicente SÁNCHEZ-BIOSCA
Universidad de Valencia
vicente.sanchez@uv.es

Recibido: 10 de octubre de 2015

Aceptado: 30 de marzo de 2016

Resumen

La Transición española a la democracia ha sido objeto de uno de los más sólidos relatos construidos por el periodismo y refrendado por la sociedad civil. En su corazón tiene lugar un momento de violencia que se concentra en la llamada *semana negra* de enero de 1977, cuyo clímax está representado por la *matanza de Atocha*. El presente artículo analiza las distintas etapas de cristalización de ese relato: un capítulo de *La Transición* (Eliás Andrés, Victoria Prego, 1995), *Siete días de enero* (J.A. Bardem, 1978), un reportaje de *Interviú* (febrero de 1977) y las crónicas periodísticas de *El País*, *Diario16* y *Mundo Obrero*. Especial atención se presta a la figura de Santiago Carrillo, identificado con la estrategia del PCE, cuya consideración cambió radicalmente durante esa semana.

Palabras clave: Transición democrática en España, Carrillo y PCE, Carisma y Transición, violencia fascista, comunismo.

The Spanish Communist Party, Santiago Carrillo: January 1977, or the sacrificial turning point in the Spanish Transition to Democracy

Abstract

The Spanish Transition to democracy has originated one of the most solid narratives built by the press in recent History. Its turning point is represented by the acts of violence that spread in Madrid during the so-called 'black week' (end of January 1977). Its apex was the massacre of a group of communist lawyers by fascist gunmen. This article analyzes different layers in the building-up of this event: a chapter of the TV series *La Transición* (Eliás Andrés, Victoria Prego, 1995), the film *Siete días de enero* (J.A. Bardem, 1978), a reportage published by the magazine *Interviú* (February 1977), and the chronicle made by the journals *El País*, *Diario16* and the communist *Mundo Obrero*. All over the article, the emphasis is put on Santiago Carrillo, the communist leader who managed to handle the situation reaching his party's legalization only two months later.

Keywords: Transition to democracy in Spain, Carrillo and Spanish Communist Party, Charisma and Transition, Fascist Violence, Communism.

Referencia normalizada

SÁNCHEZ-BIOSCA, Vicente (2016): "PCE, Santiago Carrillo: enero de 1977 o el giro sacrificial de la Transición". *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*. Vol. 22, Núm. 1 (enero-junio), págs.: 49-76. Madrid, Ediciones Complutense.

Sumario: 1. Metodología. 2. El canon y la fractura. 3. Crisis, catástrofe, coyuntura. 4. Siete días, una semana. 5. ¿Una tragedia?. 6. La crónica periodística sin perspectiva. 7. Memorias del dolor: el PCE. 8. Conclusiones: un puño para la reconciliación. 9. Referencias bibliográficas.

¹ Este artículo es producto del proyecto de investigación I+D+i La construcción mediática del carisma de los líderes políticos en periodos de transformación social: Del tardofranquismo a la Transición (HAR2012-23593), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad de España. El autor agradece la amabilidad y profesionalidad del Archivo Histórico del PCE (Universidad Complutense) y, en particular, de su directora Victoria Ramos por guiarnos entre los materiales del archivo.

1. Metodología

La construcción de un mito político exige un arte narrativo. Tanto más si aquel está llamado a fundar o refundar la convivencia de una nación sometida a desgarros y represión. Este es el caso de la Transición española a la democracia, uno de los metarrelatos más performativos en la vida española durante las últimas décadas. Por esta razón, este artículo se propone analizar atentamente los procesos de construcción de este relato a partir de un caso singular que, al decir de la mayor parte de historiadores y testigos, supuso el punto de giro del período: la matanza de abogados laboristas por pistoleros de la extrema derecha en un despacho de la calle de Atocha 55. Este acontecimiento será considerado en sus nexos narrativos que, en sucesivas interpretaciones, los orientan y modifican su significación. Examinamos cuatro construcciones narrativas: en primer lugar, el canon de la Transición establecido en la serie *La Transición* (1995); en segundo, el film *Siete días de enero* (J.A. Bardem, 1978), en tercero, la formulación primera de un relato con organización teleológica (reportaje de *Interviú*); por último, la crónica de los sucesos de cada día de esa semana en las que se advierten la tensión entre azar y causalidad. En particular, atenderemos a la función que el PCE desempeña en la relación con el relato democrático y el papel asignado por los distintos relatos a su líder carismático, Santiago Carrillo.

2. El canon y la fractura

El capítulo 12 de la serie *La Transición* (1995), se abre con un triunfo histórico: la aprobación de la Ley de Reforma Política tras el Referéndum Nacional celebrado el 15 de diciembre de 1976. Como corresponde a una estructura audiovisual bien armada y provista de corrientes subterráneas capaces de invertir la fortuna recién conquistada, el relato de este episodio arranca esbozando una de las amenazas que pende sobre el proceso democrático: el posible asesinato del presidente del Consejo de Estado, Antonio María de Oriol y Urquijo, secuestrado por el GRAPO en vísperas del Referéndum y cuyo ultimátum expira pronto.

Desde luego, no era este el único enemigo que a la sazón atenazaba al ejecutivo. A pesar de que el éxito de las urnas le había otorgado un poder de legitimación, la agitación de las huelgas, el paso a la acción criminal por parte de una extrema derecha nutrida de extranjeros que veían España como su patria de acogida, el recrudecimiento del terrorismo de ETA y el nuevo GRAPO, así como las partidas de póquer lanzadas por la oposición democrática, con la audacia del PCE y Santiago Carrillo a su cabeza, eran algunas de estas bombas arrojadas nada fáciles de gestionar ni sortear. En suma, la vida política, para la que todavía no existían vías institucionales reconocidas, la lucha social, la violencia, más que sumarse, se multiplicaban entre sí para provocar un clima de inestabilidad e incertidumbre que acompañaba como inseparable sombra el avance de las libertades.

Sin embargo, la estratégica disposición narrativa y la intensidad dramática con que Elías Andrés y Victoria Prego despliegan estos avatares en el citado capítulo de su serie merecen atención al margen de su correspondencia con los hechos desnudos. En su presentación, el aliento y la distensión momentáneos con que se abre esa entrega se convierte en una estrategia narrativa para, en el curso de la siguiente hora y en varios

cedazos de efecto combinado, trabar una demoníaca soga sobre el cuello del presidente Suárez y los grandes héroes que la periodista va convirtiendo, poco a poco, en figuras del triunfo final. Apelando a hilos narrativos cada vez más entreverados, recurriendo a una aceleración del ritmo y reforzando el mismo mediante recursos dramáticos como la duración de secuencias y planos o la banda sonora, con sus efectos y música, la periodista convertirá este episodio en el instante más próximo a la catástrofe de toda la historia de la Transición. O, dicho en términos de guion, en su punto de giro. No en vano, al concluir los aciagos meses por los que discurre este capítulo, la voz omnisciente entonada por la misma autora concluirá convencida de haber atravesado, junto con sus protagonistas, el Rubicón de esa victoria histórica, de esa fundación del mundo en el que vivimos [en 1995]: “A partir de ese momento, España entra en la vía de la normalidad. El período más amenazador de la Transición política española ha terminado”².

Este final feliz solo cobra sentido en un relato cuyo umbral de catástrofe ha sido apurado y vencido. En este sentido, el citado se convertirá en el capítulo por excelencia de la serie, el punto en el que la suerte voltea después de mantenerse un agónico e interminable instante mirando hacia el abismo, la involución o el caos; todos ellos fácticamente imposibles –lo sabemos y lo sabía el espectador de 1995– porque la serie fue pensada y realizada mucho tiempo después de que los acontecimientos narrados hubiesen concluido... felizmente.

Como sabemos, el relato histórico de *La Transición* se convertirá pronto en doxa, extendiendo su hegemonía hasta que sufra una embestida de impugnación por varios frentes que parecen haber dejado su interpretación muy deteriorada, cuestionada y, lo que es peor, convertida en espejo de las maniobras políticas del presente. Los dos pilares de este relato son la condición pacífica del cambio y su decisión consensuada (Cabrejas, 2007: 399). En cualquier caso, para el historiador de la cultura que escribe en 2015 no se trata tanto de que el metarelato que contiene deba ser asumido, discutido o invalidado. Lo que está en cuestión, en realidad, es el análisis de su genealogía y la eficacia narrativa por la que fue convertido en discurso hegemónico durante años, capaz de concitar la aprobación general³.

Como corolario de esta eficacia legitimadora, podemos afirmar que *La Transición* escribe un canon de ese proceso como una unidad compuesta de sucesos ligados por nexos causales y resultado teleológico. Pues bien, si esto es así, el capítulo que conduce al espectador desde el Referéndum hasta la legalización del PCE cuatro meses más tarde (en abril de 1977) encarna a la perfección la noción aristotélica de peripecia,

² Repárese en el uso de los tiempos verbales que aproximan el relato al universo de la crónica cercana al presente, aunque ya forme parte de la historia, en lugar de optar por el tiempo histórico por excelencia: el indefinido.

³ Lo dicho no contradice la existencia de aspectos de la Transición que fueron cuestionados desde los años noventa. A lo que nos referimos ahora es a la impugnación de la Transición como momento fundador de una democracia estable. A comienzos del nuevo milenio, las voces de Vicenç Navarro, Enrique Gil Calvo o José Vidal-Beneyto, entre otros, ya introducían una impugnación más fuerte que determinaba la democracia deficiente de que gozaba España.

a saber, el cambio de sentido de las acciones, el paso de la fortuna al infortunio o, como es poco frecuente en la tragedia, pero es aquí el caso, su contrario⁴. Ahora bien, este episodio tan crucial en el canon narrativo de la Transición ¿se asentó en años tan tardíos como los noventa?, ¿hubo precedentes, esbozos o contralecturas? Y si los hubo, ¿qué diferencias existen entre las primeras condensaciones y ese retrato tan pulcro y, por qué no decirlo, mítico?

Elías Andrés y Victoria Prego proponen una crónica histórica cuyo clímax se concentra en la semana que ha dado en llamarse negra o trágica, comprendida entre el domingo 23 (en que se produce el asesinato de Arturo Ruiz Castillo) y el sábado 29 de enero de 1977 (comparecencia de Adolfo Suárez en TVE manifestando la decisión del gobierno de proseguir la reforma política). Su epicentro es la matanza de abogados laboristas en una oficina del número 55 de la calle de Atocha perpetrado por pistoleros de la extrema derecha. Como señala Cabrejas (2007: 407), el curso de estos días serviría de catalizador para clarificar las posiciones de los actores políticos del futuro: el gobierno Suárez en su persistencia, las fuerzas del orden deteniendo ultraderechistas extranjeros, el PCE incorporándose como actor a los agentes del cambio en plano de casi igualdad (la determinante y célebre entrevista entre Suárez y Carrillo tendría lugar el 27 de febrero)⁵.

El propósito del presente texto es interrogar el proceso de interpretación retórico y narrativo de ese ‘acontecimiento’ o peripecia a través de tres cortes temporales que preceden el canon fijado, en términos audiovisuales y periodísticos, en *La Transición*. En primer lugar, el precedente más cercano representado por el film dirigido por Juan Antonio Bardem, *Siete días de enero* (1978), cuya concepción y factura precede la celebración del juicio por los atentados (1980); en segundo, la formulación inmediata a la salida de la semana en cuestión, tal y como aparece en un reportaje de conjunto en la revista *Interviú*, que otorga a los hechos unidad y sentido y que da forma narrativa al consenso alcanzado por la prensa española a resultados del cual todos los periódicos (incluso *El Alcázar*) publicaron un editorial común el sábado 29 de enero (Cabrejas, 2007: 408-409); por último, la prensa del momento, incierta y carente de perspectiva, mas tratando, a través de los editoriales, de ofrecer un diagnóstico global.

Otra cuestión no puede ser evitada. Puesto que los acontecimientos de esa semana convierten al PCE en diana principal de la provocación, se impone preguntarse por la gestión y lectura que hizo la dirección del partido y el que a la sazón era su omnímodo representante, Santiago Carrillo, de cuanto estaba sucediendo. En efecto, comunistas eran los asesinados de Atocha; fueron las instancias del partido las que dieron órdenes rigurosas de comportarse de manera ejemplar durante los días siguientes, en especial con motivo del sepelio, mostrando su fuerza a la par que su contención. De ese encadenamiento de estímulo y (renuncia a la) respuesta automática surgió un nuevo discurso referido a los comunistas que condujo al cambio de su imagen y, en apenas dos meses y medio, a su legalización (9 de abril). Los comunistas ya no podían

⁴ “Peripecia es el cambio de la acción en sentido contrario” (Aristóteles, 1452a, 1988: 163).

⁵ En la cual estaría planteado ya el acuerdo de legalización, así como la aceptación por el dirigente comunista de la Monarquía y la bandera.

ser excluidos del proceso. Pero ¿cómo lo vio el partido y cómo calculó Carrillo sus movimientos en esos momentos en que cualquiera se hubiese sentido obnubilado y privado de perspectiva de futuro? La revisión de *Mundo Obrero* y, por su carácter más cercano a la actualidad, las transcripciones de Radio España Independiente, nos ofrecerán algunas claves útiles para reconstruir el momento, toda vez que *Siete días de enero* también puede considerarse versión comunista, aunque no necesariamente ‘carrillista’, de los hechos.

3. Crisis, catástrofe, coyuntura

Los acontecimientos se suceden vertiginosamente desde el fin de semana que precede a la ‘semana negra’, pero los lazos que los unen son de varios tipos: en unos casos, se encadenan estableciendo nexos de causa a efecto (por ejemplo, el joven Arturo Ruiz asesinado por la extrema derecha en una manifestación pro-amnistía desencadena otra de protesta en la que las fuerzas antidisturbios disparan un bote de humo sobre Mari Luz Nájera, que muere al día siguiente; la matanza de Atocha tiene como consecuencia el entierro; el asesinato de guardias civiles desata la indignación en sectores militares de orientación franquista que deriva en episodios de insubordinación contra el gobierno...). Ahora bien, entre esas relaciones de causa a efecto existen otros hechos aparentemente no motivados, elididos o ambiguos. A ello viene a sumarse que otro conjunto de situaciones puede considerarse ambiental o psicológico, mientras algunos actos determinan plazos suspendidos (secuestros con amenaza de muerte: uno de ellos muy dilatado, el de Oriol; el otro, de Villaescusa, reciente). Por último, puede considerarse la existencia de sucesos cuya causalidad y consecuencias es difícil de prever y de relacionar en el tiempo con los anteriores (atentados contra policías y Guardia Civil). Y podríamos seguir.

En suma, un tejido complejo cuya concentración temporal tiene algo de azaroso. Pues bien, el asesinato de Atocha, por sus descomunales dimensiones, conmocionó a la opinión pública y se convirtió en el verdadero nudo de la semana, no solo por ser la violencia más injustificada, masiva y profesional, sino también porque estuvo unida a una suspensión en espera de la respuesta que se tornó, en solo unas horas, reacción contenida, sensata, dolida pero sacrificada, del Partido Comunista, su víctima. De este aprieto salió vencedora su madurez y voluntad democrática. El enemigo que encarnaba, en el discurso machacón del franquismo, el peligro dictatorial se convertía en víctima y renunciaba a la retribución.

Dicho en otras palabras, bajo la mano de Santiago Carrillo, el PCE mudaba su imagen general haciéndola imprescindible en el proyecto democrático (así lo confirman la mayoría de las memorias políticas que fijan la atención en ese momento). Puede dudarse de la relación directa, pero no cabe duda de que la legalización del PCE como realidad inminente arrancó de ahí (Morán, 1986; Molinero et al., 2007: 31; Gallego, 2008: 538). Así parece haberlo sentido Suárez y muchos testigos más:

“En la tarde de ese mismo día, una manifestación multitudinaria y silenciosa, organizada por el PCE, acompañaba por el centro de Madrid a los féretros de las víctimas del atentado de la calle Atocha. La unidad y la disciplina en el dolor mostradas por los comunistas impresionaron vivamente a la opinión pública y a algunos altos cargos, adversarios histó-

ricos de todo lo que en el pasado habían representado aquellas siglas, aquellas banderas y aquellos puños en alto. El entonces Vicesecretario General del Movimiento, y antiguo miembro de la Centuria XX de Falange, no pudo resistir el impulso de dejar su despacho en Alcalá, 44, y bajar a la calle para ver la manifestación de cerca: «Era imposible no reconocer –escribió quince años después– que el PCE había dado una lección impresionante de organización, disciplina y orden.» Y añade que, «de alguna manera, muchos empezamos a pensar que el Partido en el que militaban esos hombres y mujeres tenía que ser legalizado» (Fuentes, 2011: 188).

Así, la matanza de Atocha impone al partido gestionar la provocación, aceptar la sangre de sus militantes y tomar Madrid desde el dolor. Ahora bien, ¿mantenemos esta interpretación hoy en día, desde el periodo en que se realizó *La Transición*, o ya en la época inmediata a los hechos, se percibió en los discursos públicos de la prensa algo de esa índole? Si algo hay de esto, ¿cuáles son las diferencias respecto al discurso que triunfó más tarde?

Esta sangre derramada por los comunistas en pro de la democracia tendrá en la figura de Santiago Carrillo su protagonista, un hombre que ya se estaba convirtiendo en indiscutible en la vida política española desde la rueda de prensa convocada en diciembre de 1976, que condujo a su detención, y sobre el que arreciaban las acusaciones por su responsabilidad en los asesinatos de Paracuellos del Jarama. Había que superar no solo los demonios asociados al comunismo en el imaginario heredado del franquismo, sino también el de su líder por haber encarnado la represión en el Madrid de 1936. No olvidemos que el debate sobre la Guerra Civil estuvo presente, como recuerdo, riesgo o amenaza, en todas las fases de la Transición y la prensa la evoca constantemente. ¿Cómo no iba a estarlo cuando pistoleros y terroristas reproducían un clima que a muchos recordó la primavera de 1936? Fue en esos momentos cuando el binomio Suárez-Carrillo pareció convertirse en uno de los ejes, si no el eje, del cambio irreversible. Y la estrategia paralela de hombre, partido y proceso se fusionaron en el acontecimiento.

En suma, nos proponemos indagar sobre el proceso de construcción de un acontecimiento; concepto que, después de haberse eclipsado de la historiografía procedente de los *Annales*, reaparece con fuerza planteando problemas de causalidad, identificación, segmentación y puesta en discurso nuevos. Suceso primero que irrumpe como sorpresa en la actualidad a través de los medios de comunicación que tratan de apresar sus claves en la miríada de sus posibles e hipotéticas relaciones; acontecimiento que va anudándose a otros para formar una secuencia, cuyo final o finales dependen de confirmaciones o azares; acontecimiento por último que pasa a los anales del imaginario colectivo, aun si la profesión de los historiadores lo explica de forma distinta e infinitamente más matizada. Así pues, inmediatez y sorpresa, en un extremo, y canon omniexplicativo y sin fisuras, por otro, conforman los cabos de un proceso de asentamiento del sentido, en el que crónica y relato definen los dos polos. La construcción del proceso (tal vez rápido, pero sin duda laborioso) de creación de nexos narrativos, estructuras causales y principios teleológicos fueron determinando el relato estándar de la Transición que intentaremos trazar a partir de este microepisodio candente recorrido a la inversa: desde el relato cumplido hasta el o los

suceso(s) inmotivado(s). Así, un itinerario desde a la cristalización del metarrelato histórico concluirá con su más desnudo estatuto de noticias⁶.

4. Siete días, una semana

La Transición no inventaba sus tesis: las asentó, les dio coherencia, las ajustó unas a otras, de manera tal que sus protagonistas fuesen el Rey y Adolfo Suárez. Y en el eje vertebrador de ambos habría de girar el conjunto de los actores de esa escena histórica. En este sentido, Suárez se convencería de la condición democrática indiscutible de Santiago Carrillo, convirtiéndolo en un compañero de viaje, al hilo de la reacción serena al crimen múltiple. Por otra parte, una leyenda sostiene que el Rey sobrevoló en helicóptero la manifestación subsiguiente. En realidad, la serie trabaja sobre una iconografía, un relato y una interpretación que fueron elaborados más de una década atrás, cuando todavía se desconocían muchos hechos y autorías, pero una vez que la democracia ya podía darse por conquistada.

Siete días de enero (1978) fue la fuente más directa y sintomáticamente el film tenía guion de los militantes comunistas Gregorio Morán y Juan Antonio Bardem y dirección de este último. ¿Por qué triunfó una fuente que había sido elaborada por imagineros del PCE?, ¿Cómo vertebró este film un aparato documental, unos recursos de ficción y un consenso entre fuerzas distintas al comunismo? O bien, ¿asumir este relato suponía un aserto a planteamientos y lecturas comunistas una vez que las elecciones generales habían limitado la influencia de este partido a mucho menos de lo esperado por sus líderes y desde luego lejos del protagonismo que estos días de enero hacían presagiar? Estas cuestiones no son fáciles de responder, pero pueden ser ilustrativas de la aportación comunista a la democracia española, tanto en lo que a personas se refiere, como, sobre todo, a relatos.

El film de Bardem presenta los hechos de la semana en cuestión como un condensado catastrófico. Así lo expresa el cartel de apertura:

“Esta película relata una serie de hechos; reales unos, imaginarios otros. Los primeros corresponden a una serie de sucesos ampliamente difundidos por todos los medios de comunicación social, tanto nacionales como extranjeros. Los segundos, son fruto de la invención de los guionistas.

“En ningún caso se intenta prejuzgar la identidad real de los autores de esos trágicos sucesos que se relatan por entender que esa labor corresponde exclusivamente a los tribunales de justicia”.

El cartel es revelador del carácter todavía candente de la investigación, pero también de la ausencia de relación existencial de los hechos con la vida política del país, cuyo avance hacia la democracia era ya un hecho incontrovertible. En otras palabras,

⁶ Un seguimiento, aunque selectivo, de la crónica periodística de esos días en relación con otros acontecimientos simultáneos no dramáticos contribuye a percibir el peso específico de cada uno de los nudos de esta cadena; en otras palabras, nos da una pista para evaluar la percepción del momento sobre la gravedad de los hechos. Tal indagación no puede ser incorporada a este texto por razones de extensión.

ya no era una cuestión de actualidad. A esta indicación sigue, en cambio, un efecto de presente bajo la forma de collage que comprime la crónica de los sucesos de la semana, base sobre la cual buena parte del film elaborará sus hipótesis narrativas, estas ya en forma ficcional y con personajes, escenarios inspirados ciertamente en referentes históricos, pero en un clima decididamente de imaginación. El aspecto de crónica se proyecta en ecos sobre el aparato documental y las imágenes de archivo se incrustan en distintos momentos del film, abrochando la ficción y activando el imaginario colectivo. Tres fuentes auxiliarán esta operación de entronque histórico: los informativos de TVE, las imágenes clandestinamente rodadas por el Colectivo de Cine de Madrid y algunas filmaciones de la segunda cadena alemana (ZDF), que recogen acontecimientos sin otra cobertura en esos momentos de la Transición⁷.

Mas vayamos a la crónica que sirve de pórtico a la película, aquella que levanta el inventario de sucesos reales. Permítasenos citar en detalle las distintas entradas que, cual caracteres de noticia periodística, van inscribiéndose en la pantalla sobre un fondo precario (una imagen de periódico, una foto del protagonista aludido, una sucesión de varias instantáneas, siempre reforzando la idea de fuente documental extraída de la prensa escrita)... y son unificadas mediante los golpes de una máquina de escribir que va digitando letra a letra y unos efectos sonoros vanguardistas que producen una sensación de tensión desquiciante.

Madrid. Domingo 23 enero 1977. 12 hs. Manifestación pro-amnistía. Comando extrema derecha asesina estudiante Arturo Ruiz (fondo: foto en PPP del estudiante con trama de periódico muy visible).

Madrid. Lunes 24 enero 1977. 9.40 hs. GRAPO secuestra teniente general Villaescusa, presidente Consejo Supremo....

Madrid. Lunes 24 enero 1977. 12 hs. Durante manifestación protesta por asesinato Arturo Ruiz muere estudiante Mari Luz Nájera por posible impacto bote de humo fuerzas antidisturbios.

Madrid. Lunes 24 enero 1977. 20 hs. Presidente Gobierno recibe Comisión negociadora llegada de la oposición. Sres. Francisco Fernández Ordóñez, Raúl Morodo, Felipe González, Jordi Pujol, Valentín Paz Andrade y Antón Cañellas.

Madrid. Lunes 24 enero 1977. 22.40 hs. Atentado terrorista en despacho laboralista calle Atocha 55. Cuatro abogados y un empleado asesinados. Otros cuatro abogados gravemente heridos. Todas las víctimas militantes Partido Comunista de España (fondo: varias fotos de sangre y escenario del atentado)

Madrid. Miércoles 26 enero 1977. 16.30 hs. Centenares de miles de madrileños despiden impresionante silencio los cadáveres abogados laboralistas.

Madrid. Viernes 28 enero 1977. 11.40 hs. GRAPO asesina dos policías armados de servicio en sucursal Caja de Ahorros calle Padre Piquer. No se trata de un atraco.

Madrid. Viernes 28 enero 1977. 12 hs. Atentado GRAPO contra vehículo Guardia Civil en proximidades Caja Ahorros Villaverde. Un guardia civil muerto y varios heridos.

Madrid. Sábado 29 enero 1977. 16 hs. Funeral policías armados y guardia civil asesinados. Extremistas de derecha provocan incidentes contra autoridades militares.

⁷ De hecho, operadores alemanes lograron filmar uno de los crímenes de esos días: el asesinato a manos de la ultraderecha del estudiante Arturo Ruiz García.

Madrid. Sábado 29 enero 1977. 22 hs. El presidente del Gobierno se dirige al país a través de RTVE.

Aunque la secuencia de acontecimientos es la misma que triunfaría en los años noventa, no son todavía reconocibles en este pregenérico los rasgos de un discurso histórico teleológico que, en el discurso de *La Transición*, obturan toda grieta y despejan la mínima incertidumbre. Con esa salvedad, el sintagma ‘Siete días de enero’ conforma una expresión pétreas que evoca en forma de palimpsesto esos diez días que sacudieron el mundo que John Reed immortalizó refiriéndose a la Revolución de Octubre de 1917. Para Bardem y Morán, el interés de estos acontecimientos radica, sobre todo, en que la violencia del crimen organizado por la extrema derecha se cebó en los comunistas, de modo que su contribución a la democracia no consistiría, así, solo en su abandono de la radicalidad, su capacidad de negociación y renuncia, sino también en su sacrificio. Ahora bien, Bardem no ahonda en las consecuencias, no analiza el papel del PCE con posterioridad ni su decepción electoral. Ni siquiera proyecta la crónica y la ficción de esos días y sus consecuencias en la legalización del partido ni saca a relucir la figura clave, la estrella de todos los movimientos del PCE en esos momentos, Santiago Carrillo, probablemente sujeto hartado controvertido para los autores.

El film rescata el trauma, el *precio de la transición*, como tituló Gregorio Morán años después (1992), su primer libro respecto al período, jugando, como ya se había hecho en el cine español, en un terreno intermedio entre la crónica política, el thriller y el policíaco. Puesto que la apariencia y estrategia de crónica no excluyen la intervención de la teleología, *Siete días de enero* no puede evitar construirse implícitamente sobre dos datos, concreto uno, general el otro. El primero es la legalización del PCE; el otro, inevitable, la consecución de la democracia.

Ahora bien, ¿cómo se percibieron los acontecimientos en coyunturas más próximas a su devenir y carentes de perspectiva? Será necesario para ajustar nuestra comparación entre los hechos y su relato, aproximarnos a los acontecimientos algo más, cuando la perspectiva de conjunto y la desembocadura (que podemos provisionalmente situar en la legalización del PCE y la preparación de las elecciones) no han sido logradas todavía. En realidad, apenas concluida la secuencia, marcada por la comparecencia de Suárez en TVE reafirmando su proyecto democrático, ya se encuentra formada una primera estructura de relato. La recogemos, por hallarse en estado muy elaborado, en un reportaje pionero de la revista *Interviú* que ya apunta las claves de lo que se convertirá en doxa. Veámoslo.

5. ¿Una tragedia?

“La semana trágica de Madrid. Siete días de terror” fue el título que dio la revista a ese compendio de jornadas que, apenas un par de días después de transcurridas, ya parecían constituir una unidad indisociable. Tragedia y terror no eran, desde luego, demasiado coherentes entre sí desde la lógica periodística, pero sí si partimos de la idea aristotélica de catarsis, pues, según el Estagirita, al ver representar dramas humanos marcados por un hado aciago e inmerecido, el terror representado por otros y experimentado por un amplio público se trascendía, vencido, purificado, en algo superior. El

reportaje de seis páginas se publicó en el nº 38, y las fechas consignadas en portada son 3-9 de febrero de 1977, es decir, que su cierre de edición no pudo haber superado el día primero o, a lo sumo, dos de febrero⁸. ¿Por qué podía ya darse por concluida la prueba? O, en otras palabras, ¿qué razones inducían pensar que la crisis, la amenaza de catástrofe, se había disipado?

Sigamos de cerca este esbozo de organización del aparente caos, incluidas las cautelas que los redactores juzgan necesario imponer. El texto se abre precisamente con una reflexión que pone a prueba la esencia ética y la responsabilidad política del periodismo en momentos críticos:

“Si la información debe estar siempre presidida por un alto sentido de la responsabilidad, hay ocasiones en las que la *exigencia moral* viene indisolublemente unida a los acontecimientos. De forma tal, que sería imposible ofrecer a nuestros lectores el reportaje que sigue sin que de su contenido surja desgarradoramente evidente el sentido de una tragedia. Pocas veces el equipo de INTERVIÚ que ha vivido este reportaje ha sentido en el desempeño de su cometido *más dolor, más rabia y más tristeza* al pulsar el teclado de la máquina de escribir o el obturador de la cámara.

[...]

“La gravedad de lo ocurrido, por sí mismo y por las consecuencias que podría acarrear para el país, nos obliga a un preámbulo breve y tajante que siente las premisas que guían nuestra intención informativa: encuadrar esta crónica en el marco de total condena de la violencia que ha inundado las calles de Madrid de sangre y horror.

“Si hay algo de lo que este país tenga necesidad, es de paz y concordia. *En un momento en que la colectividad usa su memoria, su entendimiento y su voluntad para establecer las bases de convivencia sociopolítica que la guerra civil y el régimen que de ella emergió hicieron imposibles.* Por esa ilusión de paz cívica –cada cual a su manera– han muerto inocentes y han caído heridos seres humanos. Sus ideales –defender el orden, defender la ley– han querido ser vulnerados por manos asesinas. Quienes dispararon sobre indefensos abogados –abogados de los más indefensos– o abatieron a los que *hicieron de sus vidas un constante acto de servicio*, no han obtenido el efecto que esperaban. *Han querido desencadenar el caos y se han encontrado con una respuesta serena y unánime de dolor y repulsa* en un momento en que el país intenta recuperar su convivencia y se pregunta inquieto: ¿A quién beneficia la discordia que se quiso provocar? [cursiva nuestra] (p. 69).

Pedimos disculpas por la extensión de la cita, pero la argumentación era necesaria para juzgar cómo se evaluaban sucesos tan recientes en relación con el potencial catastrófico y con una perspectiva tan importante como la democracia. El hecho de que se apele al compromiso ético de la profesión periodística es un indicador del compromiso cívico que tiene para los redactores la concepción de este reportaje.

Por demás, el tema que ocupa el corazón del texto es la violencia de unos y otros; el trasfondo, el recuerdo de la violencia del pasado (no siempre mencionado explícitamente, pero indiscutible: la Guerra Civil española y los meses que la precedieron); el objetivo del discurso, la superación de las represalias y la renuncia a ‘caer en la provocación’. En este sentido, resulta decisiva la equiparación entre los actos terro-

⁸ Entreviú, nº 38, 3-9 de febrero 1977, pp. 69-74.

ristas de la extrema derecha y los del GRAPO; por otra, del significado de las víctimas (los abogados de Atocha y los representantes de las fuerzas de orden público, a la sazón –recuérdese– con escasos galones democráticos por su implacable represión de las manifestaciones que había costado ya vidas humanas). Dicho en otras palabras, una operación de asimilación entre víctimas distintas y de culpabilización de perpetradores de los dos signos es la clave para sostener la paz. Y esto equivale a reforzar el rechazo a los golpistas, pues quienes durante esos días podían haber sentido la tentación de venganza (los comunistas) habían sido los primeros en desecharla, después de haber exhibido su enorme fuerza. Fuerza y contención: una dialéctica performativa.

La secuencia que propone la redacción de la revista queda explícita en la titulación de cada jornada:

Enero 1977	Titulación
Domingo 23	Brota la sangre
Lunes 24	Masacre profesional
Martes 25	Tensa indignación
Miércoles 26	Puños en alto
Jueves 27	La caza
Viernes 28	En acto de servicio
Sábado 29	País en vilo

Gran interés reviste la descripción de los actos del miércoles, pivote de la secuencia de acontecimientos, pues la renuncia a la violencia se plasma en un signo, antaño amenazante, a partir de ahora escorado hacia la concordia: el puño en alto comunista:

“Sobre la una de la tarde entran, en un silencio estremecedor sólo roto por los sollozos, los féretros que contienen los cuerpos ametrallados de los abogados comunistas. Toda la profesión se ha personado en el Colegio para tributar el último homenaje a los compañeros desaparecidos. Más de cien mil personas esperan, manteniendo un perfecto orden, en las inmediaciones del Palacio de Justicia. Cuando, a las cinco de la tarde, salen los féretros, el silencio fue auténticamente sobrecogedor. Ni un grito, ni un movimiento, el adiós tan sólo, el adiós puños en alto” (p. 71).

El hecho de que las víctimas pertenezcan a bandos distintos es puesto de relieve mediante la calificación de trabajadores para unos y otros (los que auxilian a los trabajadores indefensos, los abogados, pero también los encargados del orden público). Esta asociación de la policía a las víctimas es de una enorme relevancia, pues reúne a la población sensata y pacífica toda en una misma trinchera; lo cual, dicho sea de paso, distaba bastante de ser un hecho comúnmente admitido en una coyuntura en la que la represión se ejercía con contundencia. Curiosamente, además, la descripción del entierro de los policías y guardias civiles asesinados omite deliberadamente la increpación de que fue objeto el gobierno por parte de militares ultraderechistas. Actuando con ese doble movimiento (realzar el duelo sin violencia y pasar por alto la amenaza militar) los redactores inducían al diálogo a una sociedad fuertemente dividida por numerosos flancos. Recordemos que el panorama de lucha laboral (la huelga de transportes fue el detonante de la matanza) y protesta política se combinaba con la libre cir-

culación de ultraderechistas argentinos, marroquíes, italianos, etc. que se unían a los españoles y actuaban con casi total impunidad.

Si atendemos ahora a las ilustraciones de ese reportaje, nada resultará más sorprendente que hallar en la primera de sus páginas un plano detalle recortado de otra foto más amplia que se prolonga en la página siguiente representando el puño en alto (fig. 1). Tomada en la calle durante el sepelio, condensa el símbolo por excelencia del momento, resemantizado ahora como signo de paz. Otras fotos de los acontecimientos representativos de la semana acompañan al texto para cerrar sobre un plano general del entierro multitudinario. El cortejo en plano corto, Carrillo en la capilla ardiente y escenarios de dos de los crímenes sobre la policía y la guardia civil completan las ilustraciones. Sea como fuere, *Interviú* escoge un símbolo como el puño en alto tal vez porque este se ha visto despojado del contenido amenazante y emerge ahora asociado a la paz. Tal fenómeno es un rotundo síntoma de lo que había cambiado apenas en unos días en la percepción de los símbolos. Por supuesto, nada puede garantizar que *Interviú* como revista condensase el sentir general, pero sí una tendencia que se abría camino decididamente. Las declaraciones de los partidos, el gobierno y la crónica de la semana así lo confirman. Este relato será, a fin de cuentas, el boceto del canon.

La semana trá

Si la información debe estar siempre presidida por un alto sentido de la responsabilidad, hay ocasiones en las que la exigencia moral viene indisolublemente unida a los acontecimientos. De forma tal, que sería imposible ofrecer a nuestros lectores el reportaje que sigue sin que de su contenido surja desgarradoramente evidente el sentido de una tragedia. Pocas veces el equipo de INTERVIU que ha vivido este reportaje ha sentido en el desempeño de su cometido más dolor, más ruba y más tristeza al pulsar el teclado de la máquina de escribir o el obturador de la cámara. Y como profesionales y seres humanos, nos sentiríamos decepcionados si no lográsemos transmitir -en cada línea, en cada imagen- el sentido inequívoco de unos hechos dramáticos que desbordan claramente toda calificación.

Siete páginas de nuestro semanario deben dar fe de siete días de nuestra historia inmediata, una semana a la que el calificativo de trágica nadie podrá encontrar exagerado. No podemos ofrecerlos a nuestros lectores como una información más. La gravedad de lo ocurrido, por sí mismo y por las consecuencias que podría acarrear para el país, nos obliga a un preámbulo breve y tajante que siente las premisas que guían nuestra intención informativa: encuadrar esta crónica en el marco de total condena de la violencia que ha inundado las calles de Madrid de sangre y horror.

Si hay algo de lo que este país tenga necesidad, es de paz y concordia. En un momento en que la colectividad usa su memoria, su entendimiento y su voluntad para establecer las bases de convivencia sociopolítica que la guerra civil y el régimen que de ella emergió hicieron imposibles. Por esa ilusión de paz cívica -cada cual a su manera- han muerto inocentes y han caído heridos seres humanos. Sus ideales -defender el orden, defender la ley- han querido ser vulnerados por manos asesinas. Quienes dispararon sobre indefensos abogados -abogados de los más indefensos- o abatieron a los que hicieron de sus vidas un constante acto de servicio, no han obtenido el efecto que esperaban. Han querido desencadenar el caos y se han encontrado con una respuesta serena y unánime de dolor y repulsa en un momento en que el país intenta recuperar su convivencia y se pregunta inquieto: ¿A quién beneficia la discordia que se quiso provocar?



Figura 1. *Interviú* nº 38, 3-9 febrero 1977, p. 69

6. La crónica periodística sin perspectiva

Si pasamos ahora a revisar las jornadas de esa semana en la prensa nacional, advertimos que la intensidad dramática se va construyendo por multiplicación a medida que transcurren los días. En este sentido, la matanza de Atocha supera todas las expectativas y parece sacudir a la prensa provocando un temor especial en los medios, en menor medida que en los partidos políticos. Ciertamente, los acontecimientos se relatan como sucesos en los diarios, pero, dada su relevancia, acaban arrastrando los editoriales, que analizan la coyuntura y animan a la concordia. Un análisis pormenorizado de toda la semana sería desmesurado para los objetivos del presente artículo. Por ello, y a fin de realizar un estudio detallado de la retórica utilizada, nos centraremos en examinar el nudo, a saber: el díptico constituido por la noticia del asesinato múltiple y el entierro. Entre ambos, media la incertidumbre, las consignas políticas, la aplicación del Decreto-Ley antiterrorista de 1975, las detenciones de miembros de la extrema derecha, las tensas negociaciones del presidente del Colegio de Abogados, Pedrol Rius, con el Ministerio del Interior para instalar la capilla ardiente de los abogados asesinados en su sede.

En suma, crimen y respuesta no pueden ser considerados dos acciones separados; tampoco dos acciones vinculadas causalmente de manera simple. Son, por una parte, un sumidero por el que se precipitan los demás acontecimientos de la semana; por otra, un catalizador de los estados mentales, las aspiraciones, los temores. Es decir, nos encontramos con algo que, siendo factual, posee toda la fuerza de la atmósfera psicológica colectiva. Sin embargo, esa situación de vulnerabilidad extrema provee en un momento de las claves para su superación y los periódicos, a pesar de sus diferencias, la detectan y potencian en uno de los momentos de sintonía más sorprendentes de la sociedad española de toda la Transición. Veámoslo a través de dos periódicos, *El País* y *Diario16*.

Los periódicos de la mañana del martes 25 de enero se abren con la noticia a toda página del asesinato de Atocha. *El País* lo titula “Pistoleros de extrema derecha siembran el terror en Madrid”. La información es todavía tan confusa que da como saldo del atentado tres muertos. Sin embargo, la portada está repleta de noticias que reflejan la situación de crisis generalizada. Es como si la primera plana diera forma, en su disposición, a ese acontecimiento aglutinador que reorienta el resto: la detención del argentino Jorge Cesarsky por la muerte de un joven de 19 años en una manifestación, la responsabilidad del GRAPO en el secuestro del teniente general Villaescusa. En suma, un cuadro que se organiza en torno a la violencia que se ha apoderado del país, como si las negociaciones propias de la vida política entre gobierno y oposición hubiesen pasado a segundo plano.

Y quizá sea esta la clave que explique el cambio: la concentración de la vida española en las pistolas de unos y otros, los atentados, la represión policial, en detrimento de muchos componentes que habían marcado la actualidad en los meses previos. Varias páginas completan ese panorama: los violentos incidentes en Madrid en las últimas 48 horas se refiere a los acontecimientos que han llevado a dos muertes en manifestaciones (Arturo Ruiz, Mari Luz Nájera); la acusación de que “la policía borró las huellas de sangre” después del asesinato de Arturo Ruiz (p. 11); la toma de

declaraciones del dirigente de los Guerrilleros de Cristo Rey, Mariano Sánchez Covisa, ante la policía por el primer crimen; la causa de la muerte de Nájera alcanzada por un bote de humo (p. 12); la reivindicación por los GRAPO del secuestro de Villaescusa (p. 13)...

Semejante, pero con énfasis más sensacionalista, es el tratamiento dado por *Diario16* durante la misma jornada. Su primera plana proclama “Madrid sobrecogido” (fig. 2) y recoge ya la muerte de la cuarta víctima del salvaje asesinato colectivo y el estado crítico de dos de los heridos (p. 2). Si comparamos este tratamiento con *El País*, es evidente que la matanza se ha convertido para la redacción en el acontecimiento por excelencia en detrimento del conjunto. Es coherente con el formato y énfasis de un periódico que tiende más a la novedad que al análisis. En todo caso, el editorial del periódico sí compensa la carga de información con la reflexión global. Detengámonos un momento en el contenido y expresión de esa pieza que lleva por significativo título “Serenidad frente a la anti-España”.



Figura 2. *Diario16* “Madrid sobrecogido”, portada

La expresión puede sorprender al lector: anti-España es un término fuertemente lastrado por la retórica franquista, que lo había forjado en el curso de la Guerra Civil para no abandonarlo jamás mientras duró. Ciertamente, la ultraderecha española ya no recurría a él como patrón de reconocimiento. Pese a todo, se encuentra demasiado señalado para que su uso no sea significativo y, por ende, consciente. La red semántica sobre la que se construye este editorial muestra bien la coherencia de la elección: ya en el primer párrafo los enemigos que encarnan el peligro de descomposición son denominados “rompepatrias”. Y, frente a ellos, la redacción asume la defensa del gobierno y de instituciones como el Ejército que, en explícito ‘wishful thinking’, se asegura han apostado por la protección de España. Esta apelación al patriotismo, omitiendo las amenazas de los golpistas, es una manera de afirmar que el presente de España ya nada tiene que ver con el pasado y que sus enemigos ya no proceden de él. En consecuencia, el teniente general Villaescusa se presenta como un jefe respetado

por sus subordinados sin referencia a su historial. Su secuestro está, pues, protagonizado por la anti-España; y también los “jóvenes abogados asesinados a lo Al Capone en un despacho, como los estudiantes muertos en la calle, eran jóvenes que aspiraban a una España mejor”. Por tanto, su asesinato atenta contra la juventud y el futuro. Y, de nuevo, el gobierno, en su voluntad explícita de democracia, sale reforzado del trance contra “las fuerzas de la anti-España”. El final del texto explicita la petición de nuevo patriotismo:

“Ha habido hasta ahora un extraño pudor en todos los no franquistas para hablar de España. ¿Por qué, señores? Lo que esa palabra encierra es patrimonio de todos, como ser patriota es simplemente querer lo mejor para este país que es nuestro. La serenidad tan necesaria ahora exige que seamos españoles y que seamos patriotas. Sólo así distinguiremos a nuestros agresores, a nuestros enemigos: los que pretenden impedir que este país vuelva a ser digno, serio y grande. Con dignidad, seriedad y grandeza que nada tienen que ver con glorias imperiales”. (*Diario 16*. Editorial: “Serenidad frente a la anti-España”, Madrid, 25 de enero de 1977)

Las primeras elecciones libres, el acuerdo total entre gobierno y oposición se imponen como requisitos. En suma, se trata de reconocer en los agentes de esta catástrofe el nuevo sello del enemigo y promover el reajuste de aquellos que, pese a sus diferencias, no pueden serlo, porque constituyen la verdadera España. Este discurso borra las diferencias insustanciales en aras de lo fundamental. Ahora bien, ¿cómo abordan los periódicos la respuesta de los partidos, en particular el PCE, a esta provocación? Detengámonos en el tratamiento que dan al duelo.

El País correspondiente al miércoles 26 enero 1977 ofrece una portada de triple inspiración: el artículo más relevante pone de relieve la “indignación general por los asesinatos del lunes en Madrid”. Sin embargo, la foto que preside la página es tan contundente como serena: un contrapicado de la sede del Colegio de Abogados en la que destaca su presidente, el Sr. Pedrol Rius, y la junta directiva en la capilla ardiente por los asesinados (fig. 3). Al fondo, realizado por el ángulo de la fotografía e iluminado, el retrato del rey Juan Carlos I que preside la sala. La sensación de legalidad y derecho no puede ser más contundente. Bajo esta imagen, un artículo de título prometedor: “Un Gobierno de reconciliación”. La tesis fundamental, que remite al editorial del día, sostiene con firmeza que “ante la técnica del golpe de Estado, solo cabe una respuesta posible: el contragolpe del poder. Para eso son necesarios dos tipos de medidas: medidas políticas, y medidas de autoridad” (p. 1). Tal planteamiento tiene como consecuencia que el gobierno no caiga, aunque sí algunos de sus ministros⁹. Con la presidencia de Suárez, pero con una composición de amplio espectro que incluye aquellas de derecha e izquierda decididas a olvidar la Guerra Civil y los enfrentamientos de antaño.

⁹ El País había venido cargando contra el gobierno y pidiendo su dimisión en los últimas semanas. Los acontecimientos de esta semana suponen un giro sustantivo (Gallego: 2008, 539).

EL PAÍS

DIARIO INDEPENDIENTE DE LA MAÑANA MADRID, MIÉRCOLES 26 DE ENERO DE 1977

Ya son cinco los muertos en el asalto al bufete de Atocha

Indignación general por los asesinatos del lunes en Madrid

El ametrallamiento del despacho de abogados laboristas en la noche del lunes, por pistoleros de extrema derecha, con el balance de cinco muertos y cuatro heridos —uno de ellos muy grave— ha conmocionado al país. Partidos políticos, personalidades de diversas ideologías, organizaciones sindicales, entidades profesionales y universitarias, asociaciones de vecinos y ciudadanos han expresado públicamente su condena por este hecho, mientras en el extranjero se interpreta el mismo como el suceso más grave del postfranquismo.

Los colegios de abogados de casi la totalidad del territorio español han reaccionado vivamente ante lo que consideran el ataque más grave a la abogacía y hoy se suspenden en las ciudades más importantes. Las universidades de Salamanca y Sevilla se han cerrado sus puertas —al menos en Madrid, Barcelona,

Granada, Salamanca y País Vasco— y se ha producido diversas manifestaciones de estudiantes.

En la rama laboral, más de 100.000 trabajadores de Madrid y su cinturón industrial participaron ayer en piquetes y acciones en señal de duelo y protesta por los últimos incidentes, y en el País Vasco, Barcelona, Valencia y Sevilla se organizaron también huelgas del mismo castigo. La Coordinadora de Organizaciones Sindicales (COS) ha pedido en un comunicado a todos los trabajadores que manifiesten una actitud serena frente a las provocaciones o convocaciones minoritarias, al tiempo que ha convocado para hoy en las empresas patron generalizadas, evitando la acción en la calle.

La "Triple A" reivindica los atentados

Las víctimas laboristas serán enterradas hoy

Los cadáveres de los abogados asesinados anteanoche en el despacho laborista de Atocha, 55, en Madrid, serán trasladados hoy a la casa de la tarde, a la sede del Colegio de Abogados, en donde se instalará la capilla ardiente. El entierro se celebrará a las cuatro de la tarde, desde el Palacio de Justicia, donde se encuentran las dependencias del Colegio. La organización de extrema derecha Atocha (Asociación Anticomunista de España), más conocida como la Triple A, reivindicó anoche la paternidad de diversos actos terroristas cometidos en las últimas 48 horas en Madrid, a través de una llamada telefónica a la delegación de Cifra en Barcelona. La Triple A reivindicó el acto de apaleamiento del estudiante de BUP, militante de las Juventudes Comunistas, así como los actos del Pab Santa Eulalia del despacho laborista de Comisiones Obreras. Afirmó el comunicante anónimo que el ejemplar en comento fue José Sosa.

Le sustituirá el ministro del Exterior El presidente Suárez cancela su viaje a Oriente Medio

Este es un serio golpe al prestigio del Estado español, infligido por la barbada desatada sobre Madrid, durante domingo y lunes. El viaje era parte de una cuidadosa operación de gran altura, diseñada para potenciar el papel internacional de España, de cara a las revisiones fundamentales de su incorporación plena a Europa. La dimensión mediterránea de España, que el Gobierno había cuidado especialmente en las últimas semanas, ha sufrido un quebranto que solo la terminación de la crisis interna puede restablecer.



El decano del Colegio de Abogados de Madrid, señor Pedrol, rodeado de varios miembros de la junta directiva. Momento de presentación y recepción en la sede del colegio profesional, donde hoy quedará instalada la capilla ardiente de las personas asesinadas anteanoche.

Un Gobierno de reconciliación

A medida que pasan las horas crece el convencimiento de que una conabulación ha puesto en marcha, en nuestro país, la técnica de un golpe de Estado. No estamos ante un traslado de la política, sino ante una historia de conspiradores con ramificaciones intracomarcales. Los objetivos son evidentes: incitar a la rebelión al estamento castrense; alarmar a la población civil; exasperar a la Oposición empujándola a la acción impaciente o la protesta desordenada; e impedir así la celebración de unas elecciones democráticas en este país.

Ante la técnica del golpe de Estado, sólo cabe una respuesta posible: el contrapelo del poder. Para eso son necesarios dos tipos de medidas: medidas políticas, y medidas de autoridad. En la página 8 de este número, en sendos comentarios editoriales, explicamos cuál es nuestro juicio sobre el papel del Gobierno, en el mantenimiento del orden público y sobre el papel del Ejército. Queremos adelantar aquí nuestro convencimiento de que sólo si el presidente Suárez pone en marcha una operación política de altura podrá superar el Gobierno y quitar el Régimen, la crisis profunda que se ha abierto.

Declamamos ayer que el Gobierno no debe caer. Lo repetimos hoy, pero añadimos que parte del Gobierno sí debe caer. Este Gobierno tal como es, no puede presidir unas elecciones generales libres. Suárez sí podrá hacerlo, como presidente, si se reduce de ministros que representen la realidad social y política de las fuerzas de nuestro país. De otro modo, habrá que decir que muchas de sus propuestas no serán creíbles por una opinión pública que desconfía de que el Gobierno controle el poder que ha recibido y ante el deterioro de imagen de los responsables de la separación.

Un Gobierno de reconciliación nacional es lo que está necesitando nuestro país. Con Suárez a la cabeza y con inclusión de representantes de los partidos políticos, a derecha e izquierda, que estén dispuestos a un compromiso con el poder y a no combatirle desde fuera, sino a defenderlo desde dentro. Un Gobierno en el que participen desde los orizontes del franquismo hasta los miembros de los partidos de la izquierda real. En el que depongan sus actitudes los viragos contentados de la guerra civil y demuestren a la opinión su disposición de no admitir el chantaje de los profesionales del disparo. Un Gobierno así exige la capacidad de olvido de sus mismos componentes. El abandono de toda preposición en los colaboradores del franquismo y el *profratres* demócrata que la Oposición quiere establecer. El reconocimiento de que hay un enemigo común que está dentro de casa: el enemigo de la democracia.

Un Gobierno, con el amparo de la Constitución y el respeto común a la institución monárquica, que debe salir garante de las libertades democráticas, si puede hacer frente a la situación. Puede ejercer el poder, mantener el orden, perseguir la rebelión, tranquilizar las conciencias y contar con un consenso de apoyo popular.

Silencio en torno a los secuestrados

Sin noticias de Oriol y Villacaesusa

Si no se oye en torno al caso, se ha cumplido el segundo día del secuestro del estudiante general Villacaesusa, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar. Los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL) que en nota facilitada a EL PAÍS el pasado lunes por la noche se responsabilizaron del secuestro, no han vuelto a dar desde entonces señales de vida. Nada nuevo hay tampoco en torno al secuestro del presidente del Consejo de Estado, Antonio María de Oriol, también en poder de los GAL desde el pasado día 11 de diciembre.

La esposa del general Villacaesusa se ha dirigido a través de los medios informativos a su marido y pide a los secuestradores aclarar la mediación habitual de su esposo.

Las Fuerzas Armadas, a raíz de este segundo secuestro, permanecerán serenas, aunque indignadas, en opinión de varios jefes militares. No se han pronunciado sobre el tema, sin embargo, el Ministerio del Ejército y el Consejo Supremo de Justicia Militar.

Más información en página 14

Figura 3. El País, 26 enero 1977, portada. Foto: Joaquín Amestoy

La tesis prosigue en el editorial (p. 8) dividido en dos calculadas partes: “El Ejército” y “El orden”. La sutileza en halagar al ejército por su modernidad, distinguiéndolo de los tercermundistas (inclinados a golpes de estado), y su voluntad de integrarse en la sociedad reflejan el sentir de algunos generales españoles, pero también revelan una vez más el ‘wishful thinking’, y el deseo de convencer a los dubitativos a profesar estos valores. De ahí, que la figura tan cuestionada en ciertos sectores del Ejército pro golpista, Gutiérrez Mellado, sea colmada de parabienes:

“Decíamos ayer, e insistimos hoy, en que no existen las condiciones que harían necesaria una intervención militar y hemos de añadir que cualquier intento de este tipo sería un ensayo disgregador de la propia unidad de las Fuerzas Armadas. Porque sabemos que los altos responsables militares piensan también así, nos preocupa esa especie de amenaza psicológica y de chantaje colectivo que se viene haciendo a este país con el tema. En los estados fuertes y en momentos de crisis, los ciudadanos se preguntan qué hará el Gobierno, no que harán los militares”. (*El País*, editorial: “El ejército”. Madrid, 26 de enero de 1977)

Y la recomendación refuerza, con sustancial diferencia de lo que hacía *Diario16*, a Suárez en lugar de hacerlo al gobierno actual: “El Presidente Suárez debe subirse a la cresta de la ola, recuperar la iniciativa política, declarar el luto nacional y presidir la gran manifestación de duelo [...]. El orden de la calle se mantiene persiguiendo a quienes lo destruyen...” (p. 8). Si el editorial de *El País* es inequívoco en su posición, esta es reforzada por la referencia a las consecuencias de los actos luctuosos. En la página 10, Alejandro Ruiz Huarte, superviviente de la masacre de Atocha, refiere cómo sus “compañeros caían muertos unos sobre otros”¹⁰. Pues bien, justo bajo esta noticia se publican dos esquelas sin cruces cristianas firmadas respectivamente por el Comité Provincial de Madrid del PCE y por el Comité Central del PCE. En ambas, se reivindica la militancia de las víctimas y se explicita: “Muertos por la defensa de la democracia y la reconciliación nacional”. Esta última expresión, que obviamente no pertenece a la redacción de *El País*, sino al Partido que había sido golpeado tan violentamente, adquiere un valor proverbial que refuerza, aunque no coincida necesariamente punto por punto con, la posición del periódico. Tal convergencia queda refrendada por la decisión de la Coordinadora Sindical de evitar toda acción en la calle.

El País añade una aguda perspectiva de la coyuntura desde el exterior: si en Roma se comenta que los extremistas no se resignan a ver el final de la dictadura, en París se ve planear la sombra de la guerra civil sobre España (p. 15). No solo eso. También personalidades consultadas por la redacción expresan su repulsa por la ola de violencia desatada durante estos días. Uno de ellos –y comprenderá el lector que no es casual– es Santiago Carrillo de quien se reproducen estas palabras:

“Estimo que este es un momento en el que tanto el Gobierno como la Oposición deben dar prueba de serenidad y responsabilidad, ya que por todo lo que está sucediendo da la impresión de que hubiera fuerzas en este país que quieren interrumpir el proceso de cambio, creando una atmósfera de tensión en la que sea *justificable* cualquier aventura. En estos momentos, tanto el terrorismo como los secuestros, como las brutales represiones, sólo pueden ser deseadas y provocadas por los adversarios de la democracia” (p. 16).

Cuando Carrillo se refiere a distensión, está aportando algo más que una respuesta a los hechos: está superando el dolor de su partido y mostrándose pragmático. Traer a Carrillo a esta cita (recordemos que el nombre del dirigente comunista frecuentaba a la sazón las páginas del diario y, de vez en cuando, también su foto) supone una

¹⁰ Años más tarde, ese mismo superviviente consagraría un libro a la memoria de los compañeros asesinados (Carbonell, 2002). Abundantes documentos policiales de reconstrucción de los hechos y las declaraciones pueden encontrarse en AAVV (1980)

pista sobre las nuevas fuerzas que estaban implicadas, tras la masacre, en la tarea de futuro. Los agentes del cambio se encuentran en estas páginas de *El País* del 26 de enero de 1977; son agentes, sí; en cambio, sus roles no aparecen escritos.

¿Cuál es la respuesta de *Diario16* en ese mismo día? “MADRID DE LUTO” es el titular de portada, más centrado en el efectismo de la foto y de los caracteres. La instantánea recoge (y el texto subraya) cómo las fuerzas de orden público custodian la salida de los féretros. Da la cifra de 200.000 asistentes al entierro y subraya el clima de duelo general y la convocatoria de paros en la actividad judicial, universitaria y de transportes. Pero más importante que la selección de acontecimientos es la sorpresa que manifiesta ante la reacción de la oposición y que, rimando con el patriotismo de nuevo cuño que definía el editorial del día anterior, prosigue la tesis del orgullo patriótico ante la amenaza.

No le duelen prendas al editorialista en exagerar hasta la convulsión sus exclamaciones nacionales. El título lo apunta (“Por fin, un país”) y las primeras palabras lo declaman: “Dios santo, qué país. Esta España nueva se nos ha convertido en una sociedad tan admirable que no hay provocación que valga ni bárbaros a sueldo que puedan con ella” (p. 4). Valorar la “unanimitad majestuosa” con la que el país “hace frente a sus horas más difíciles sin perder los nervios y sin dejarse arrastrar un milímetro” representa la decidida personificación que hace el periódico, no en actores y nombres (de los sacrificados, los amenazados), sino en una entidad colectiva que acaba de rescatar del fondo de los tiempos y limpiar de franquismo: la patria. Tal es el retórico énfasis que los acentos del patriotismo no logran escapar del ridículo: “A veces uno sospecha que nos han cambiado de país, que la furibunda España, capaz de todos los horrores y todas las grandezas, ha sido sustituida ahora, por una Atenas implacable que exige e impone su libertad sin levantar la voz siquiera. (p. 4). Sin embargo, el editorialista no puede omitir méritos y pondera a esa oposición “que hace sólo semanas abandonó los calabozos” y ahora “demuestra tal grandeza y tal seguridad en sí misma que condena el terrorismo del GRAPO”.

Tras ponderar a todos los sectores ‘provocados’, concluye:

“Se diría que sobre esta Península ha caído un manto de serenidad que debe hacer estremecer de miedo a los enemigos de la España libre que aquí estamos construyendo obstinadamente entre todos. Si el país mantiene la calma como hasta ahora, si no hacemos una sola concesión en el camino de la paz, si oposición y Gobierno son capaces de interpretar como hasta ahora esa corriente unánime en favor de la normalidad española, los provocadores se van a quedar solos y los vamos a correr como a gallinas en este corral patrio donde ya no abunda la sangre sino el implacable deseo de libertad.” (*Diario16*, editorial: “Por fin, un país”, Madrid, 26 de enero de 1977)

El jueves 27 de enero es el día clave para la prensa, pues los periódicos dan cuenta de la manifestación tantas veces referida en estas páginas. En torno a una foto que recoge un aspecto parcial de la manifestación, *El País* despliega tres noticias: una referente al acto, que se prolongará en tres páginas interiores, un texto informativo sobre las medidas cautelares del gobierno contra el terrorismo de todo signo y “La lección de ayer”. Este es el texto capital, pues mantiene con Suárez una actitud de apoyo

crítico: le reprocha no haber asistido a la capilla ardiente y recurrir al decreto-ley antiterrorista para hacer frente a la situación. No obstante, lo considera la persona que llevará al país a la democracia. En las páginas que amplían el curso de la manifestación destacan varias fotos que condensan el papel de los lugares: el decano del Colegio de abogados y del cortejo fúnebre a su paso por Cibeles, Santiago Carrillo durante su breve asistencia en ella. Sus palabras: “Creo que el golpe es un golpe de extrema derecha, que pretende junto con el secuestro del presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar, enfrentar al pueblo y al Ejército para paralizar el proceso democrático. Pero estos se han dado cuenta de la trampa y no han caído ni caerán en ella” (p. 10). Una vez que el cortejo fúnebre toma camino del cementerio, Carrillo regresa al Colegio de Abogados y responde a preguntas de *El País* sobre el comportamiento cívico: “Ha constituido una lección de serenidad, un ejemplo de cómo nuestro pueblo está por el mantenimiento de un orden para alcanzar la democracia”. ¿No teme por su vida?, le preguntan: “Es un riesgo que hay que correr, pero si temiera por mi seguridad personal no estaría aquí. Soy un hombre amenazado, pero son gajes del oficio. El eliminarme a mí no significaría nada, sino producir aún mayor caos en el país”. Como se deduce de lo anterior, aunque *El País* no acentúa el protagonismo comunista de la manifestación, sí destaca la figura del líder, Santiago Carrillo; acto sintomático de un escenario en el que el dirigente comunista estaba circulando muy activamente por los círculos públicos desde su salida de la cárcel.

Coger el toro por los cuernos es precisamente lo que hace un reportaje-encuesta titulado “¿Amnistiaria a los asesinos que han actuado estos días en Madrid?” (p. 12) en el que algunos miembros de la oposición responden al hilo de los recientes asesinatos. Quizá la respuesta más sorprendente sea la del largo tiempo encarcelado dirigente comunista Luis Lucio Lobato:

“Si esa amnistía es total, autentica real, que eche de la cárcel a todos los presos que por motivaciones políticas están en ella, con independencia de los métodos de actuación que hayan seguido. Yo incluiría también a los asesinos de estos últimos días”.

“Aun hay que retorcerse el corazón, para que sea una amnistía que responda al principio de la reconciliación nacional, cuya finalidad sea echar el cimiento de la reconciliación nacional, habría que incluirlos. Precisamente, todos estos hechos, y otros anteriores, han ocurrido por no haber una amnistía total que pusiera las bases de otro tipo de convivencia que hubiera dado lugar a aquéllos” [redacción sic] (*El País*, reportaje titulado “¿Amnistiaria a los asesinos que han actuado estos días en Madrid?” 27 de enero de 1977, p.12).

Si reflexionamos, lo que resulta sorprendente en las páginas de *El País* es la normalización de la presencia personal de comunistas sin que el acento sea puesto en su condición de tales. Por solo añadir un ejemplo a lo dicho, Francisco Umbral escribe a Rafael Alberti, que todavía se halla en Roma en clave poética: “No vengas, Rafael, no vengas, desterrado. Espera, espera. Te matarán, nos matarán, nos matan” (p. 20). Todo en esas palabras sabe a advertencia entre camaradas, pero el estatuto de escritores se impone a la militancia.

Ese mismo jueves 27 enero, *Diario16* acentúa lo espectacular de la manifestación. Las dos fotos que en la primera plana dan cuenta de ella van acompañadas de una pa-

labra: “Impresionante”. Un plano más corto recoge el icono que ha permanecido como condensación de su curso: los puños en alto; la otra imagen representativa, un plano elevado de la multitud. El editorial (“Sí, pero más”) emplaza al gobierno a estar a la altura de las circunstancias en la defensa del orden público que requiere la democracia. Quebrar el tópico franquista que identificaba democracia y desorden –dice– fue la prueba de ayer y “[u]n largo centenar de millares de españoles, emocionados, dolidos, encolerizados, desfilaron durante más de una hora por las calles. Y no pasó nada. La Fuerza Pública colaboró con el servicio de orden del enorme séquito funerario. Hasta los gritos fueron acallados.” Esta lección de civismo, sin embargo, no fue seguida por el gobierno, que (aquí confluye con *El País*) no estuvo a la altura uniéndose al pueblo en signo de reconciliación. Más tibia que la expresada por *El País*, la crítica no es con todo menos reconocible:

“Los hombres del Gobierno, tan meritorios en sus inquebrantables esfuerzos hacia la democratización del país, han pagado, sin embargo, y de la forma más rotunda, la miopía que les impone una visera franquista de la que aún no se han desprendido. Ni siquiera han sabido interpretar el referéndum, ni ver dónde está realmente el futuro de este país. Se han contentado con la aurea mediocritas y han renunciado, sin saberlo, a un puesto de honor en la historia.” (*Diario16*, editorial: “Sí, pero más” Madrid, 27 de enero de 1977)

Recapitulemos respecto a estas últimas palabras. En los dos periódicos, aunque ciertamente con acentos distintos, quienes recorrieron las calles en silenciosa manifestación no son los comunistas; es el pueblo, la oposición, la otra España, y, en todo caso, no el gobierno. Ante esta multitud serena debe responder precisamente el ejecutivo, el cual, más exactamente, debe estar a su altura. Que las opiniones se aproximen entre periódicos que mantienen una visión distinta de la coyuntura es un curioso síntoma del efecto-respuesta que supuso la matanza de Atocha. Y, en este proceso, el PCE tomaba la forma del pueblo... sin dejar de ser el PCE.

7. Memorias del dolor: el PCE

El estudio realizado sobre el tratamiento de *El País* y *Diario16* en los días más críticos de la semana negra demuestra una transformación radical en las asociaciones del término comunismo en la vida pública española: por una parte, este se desdibuja hasta definir por momentos a la oposición (sin que haya en tal operación acto deliberado alguno); por otra, se proyecta sobre sus protagonistas (Carrillo sería su identificación plena). Ahora bien, ¿cómo se percibió esta escalada en el seno del Partido Comunista de España?; una organización cuya coyuntura y futuro se estaba jugando en movimientos audaces decididos por su secretario general desde un tiempo atrás. Para comprender las respuestas concretas del PCE, conviene recordar brevemente la coyuntura en la que se están produciendo las negociaciones, la estrategia del partido y los rápidos y audaces movimientos de Carrillo en el interior de la organización y en su proyección exterior.

Desde la reunión del Comité Central de Roma de julio de 1976, el PCE había tomado la decisión de incrementar su presencia en la vida española (Molinero et al., 2007: 30). Tras el Referéndum de diciembre, este imperativo fue asumido personalmente por Santiago Carrillo quien, poniendo en jaque al gobierno, había forzado su

detención (22 de diciembre), saldada 8 días después con su liberación (30 diciembre). Preparar una lista de candidatos a las próximas elecciones fue otro de los movimientos que Carrillo impuso en una situación tan atípica como la de un secretario general que circulaba por el país con total normalidad mientras las perspectivas de legalización de su partido eran todavía remotas. Pues bien, todo este plan quedó suspendido con la matanza de Atocha (Morán 1985, 536), que obligó a cambiar la orientación y tomar grandes decisiones.

En enero de 1977, el PCE es más consciente que nunca de que la batalla por no quedar excluido del proceso político depende de una presión constante jugándose a cada momento. Y, sin embargo, será el doble juego de fuerza y contención el que vencerá al gobierno Suárez, a Suárez mismo, y a una parte considerable de la sociedad española, de que el comunismo ya no es el que fue, aquel que la propaganda franquista había difundido. ¿Cómo gestionaron los órganos del PCE este proceso en el momento clave? Veámoslo a través de *Mundo obrero* y Radio España Independiente, es decir, por una parte, la prensa semanal que recoge los momentos clave sin poder no obstante entrar en la crónica (esta es la deficiencia del PCE respecto a la prensa diaria) y, por otra, la radio que, por su condición de diaria, permitía un seguimiento cercano y una respuesta ante los pequeños sucesos.

Los números de *Mundo Obrero* comprendidos entre finales de 1976 y las consecuencias de la masacre de Atocha son de un gran interés desde el punto de vista periodístico, pues expresan la fractura entre una actualidad que cambia diariamente para el partido y un modelo de prensa basado en la propaganda que debe evitar los detalles, se limita a definir estrategias y evaluar las líneas de fuerza. *Mundo Obrero* n. 47, año XLVI (28 de diciembre 1976), correspondiente a la semana del 3 de enero al 9 de enero de 1977 celebra la liberación de los detenidos del partido, con Carrillo a la cabeza. Lo hace mediante una primera plana especial concebida después de que el número hubiera sido cerrado: “La libertad de Carrillo arrancada por el pueblo”. La nota que sigue (“M.O. improvisa con el mayor gozo esta primera hoja”) confirma la conciencia de que la temporalidad impuesta por la actualidad deja al órgano del partido sin margen de intervención sobre ella. Suple en parte esta falla el refuerzo de la figura de Carrillo y sus declaraciones, que en estos momentos apuntan en una única dirección: “Los comunistas estamos animados de la mejor voluntad para cooperar con todos los que quieran la democracia para España mirando no al pasado, sino al presente y al porvenir de un país que nos pertenece a todos” (sin paginar pues pertenece a las hojas añadidas a última hora). El horizonte del partido es definido en el número siguiente (*Mundo Obrero* año XLVII, n. 3, 19 de enero de 1977) como “[g]anar las elecciones para la democracia”. Pues bien, este estado de objetivos y planes que define la línea táctica para los meses siguientes recibe un cedazo insospechado con los atentados de Atocha. Veámoslo.

Mundo Obrero que da cuenta de la tragedia (año XLVII, n. 4, 27 de enero de 1977) pone el énfasis en la militancia de las víctimas: “Nuestro Partido está de luto, una vez más, a lo largo de su prolongada lucha por la democracia” (dice Santiago Carrillo, p. 1). Otro texto sin firmar (“La respuesta”) sostiene que “el pueblo español ha respondido con la máxima firmeza y la mayor serenidad” (p. 2). A través de la concentración

en la plaza de las Salesas y los paros convocados en todo el país, “hemos dado la más alta lección de civismo, de voluntad de reconciliación nacional, de tenacidad en la búsqueda de la negociación para *asegurar el tránsito pacífico a la democracia*. Esa es la respuesta de *las fuerzas democráticas a la conspiración fascista*” (énfasis original, p. 2).

Desgraciadamente, dada la periodicidad semanal de *Mundo Obrero*, no es posible registrar el hiato entre el dolor y la reacción y percibir si este habría sido puesto en palabras e imágenes o rápidamente absorbido por una apuesta de futuro. Sea como fuere, el texto que contiene este número es de gran firmeza e insiste en las consignas democráticas, más fuertes y convincentes ahora que antes. Fundamental es en este sentido el texto de Santiago Carrillo titulado “Frente al crimen fascista. Reconciliación para la democracia” (fechado el 26/01/77). Dice así:

“NUESTRO Partido está de luto, una vez más, a lo largo de su prolongada lucha por la democracia? Y luego habrá gentes que pongan todavía en duda la fidelidad de los comunistas españoles a la democracia...! [...] nos escoge como blanco preferido de sus acciones [...]”.

“El crimen de la calle de Atocha, realizado el día mismo en que por la mañana se había producido el infame secuestro del Teniente General Villaescusa, tenía una finalidad clara: enfrentar al Ejército con el pueblo, volver al viejo y falso planteamiento de oponer a comunistas y Ejército, impedir el acuerdo entre Gobierno y fuerzas democráticas, desestabilizar el país y crear un clima favorable a un retroceso político”.

“Lo importante hoy es dar un paso más hacia la reconciliación nacional y conseguir que la inmensa mayoría se una, por encima de otras diferencias, para lograr, con calma y serenidad, unas elecciones en las que libremente sea elegida una Cámara que sea realmente Constituyente”.

“Al intento de desestabilizar el país hay que responder igualmente con un paso decidido hacia su estabilización: hay que legalizar a todos los partidos políticos, a las organizaciones sindicales; hay que sacar de las cárceles a los presos políticos” (Ibidem, p. 3).

Carrillo muestra en él precisión y frialdad políticas al equiparar dos violencias, reafirmar la reconciliación nacional contra los extremismos y poner en el horizonte de la democracia la legalización de todos los partidos políticos, lo que equivale a poner el acento en la única que no estaba ya decidida, la del PCE. En un momento como este, en el que los fantasmas del pasado pueden proyectar sombras y temores ante un acceso a la libertad en sentido amplio, apela —él que para muchos está asociado a otros tiempos— a la guerra civil como fuente de experiencias y contraejemplo de la reconciliación:

“La guerra es un hecho histórico. Los que no la vivieron se niegan a las tentativas de prolongarla. Quienes participamos en ella, desde uno u otro lado, somos los primeros que debemos dar ejemplo de reconciliación, de nuestra voluntad inflexible de que aquello no se repita. Quien no esté dispuesto a esto, que se aparte. Los que defendimos sinceramente, en un campo u otro, una causa que creíamos justa, somos capaces, cuarenta años después, de respetarnos, de estimarnos como hombres y de cooperar a hacer una España libre y pacífica, sin vencedores ni vencidos”. (p. 3)

Es este el discurso doctrinal de un pragmático identificado sin fisuras con las decisiones del PCE. Años más tarde, Santiago Carrillo se refirió en distintas ocasiones a sus movimientos durante esas jornadas, en particular ante los féretros y el comienzo de la manifestación de duelo. Tanto en sus *Memorias* (Carrillo, 1993: 648), como en un artículo publicado en *El País* (14/11/1993) titulado “De la Peluca a la legalización del PCE” (Carrillo, 2012: 140), recuerda que asistió a la capilla ardiente y al comienzo del ‘desfile’ (sic), pero lo abandono pronto por recomendación de sus camaradas que temían por su seguridad. Que la operación fue un éxito personal del secretario general es idea común de los historiadores (Andrade Blanco, 2014: 63; Preston, 2013: 299; entre otros). Sin embargo, no es menos cierto que el partido y sus simpatizantes se encontraban embargados por el dolor. Un texto de Alberto Duero titulado “En la capilla ardiente. Madrid, capital del dolor y de la gloria” (p. 4-5) pone el acento en el díptico formado por el duelo y la organización del sepelio con el fin de demostrar la fuerza y (aquí la idea no difiere de la que menciona toda la prensa y los testigos) el silencio grave e impresionante:

“Millares de comunistas hemos llorado con las familias de nuestros camaradas asesinados. [...]. Ni un solo comunista de Madrid dejó de acudir a rendir homenaje a los restos mortales de nuestros tres camaradas... [...]. El servicio de orden del Partido, identificado con brazaletes rojos, demostró al Poder lo que es el orden del Pueblo. No hubo ni un incidente en una concentración que congregó ante el Palacio de Justicia y en sus inmediaciones a más de 200.000 personas en medio de un impresionante silencio, sólo turbado por el ruido de los helicópteros de la Policía” (Alberto Duero, *Mundo Obrero*, 27 de enero de 1977, p. 4).

Además de acusar al gobierno, y en su nombre al Ministro del Interior, Martín Villa, de poner trabas a la instalación de la capilla ardiente en la sede del Colegio de Abogados, el artículo se cierra con una evocación mítica en la que el partido recoge la voz de antaño para un Madrid doliente que evoca el de la Guerra Civil: “El miércoles, 26 de enero de 1977, Madrid recuperó el derecho de usar el título que le diera nuestro camarada, el gran poeta francés Paul Éluard, de «capital del dolor y de la gloria»” (p. 4, fig. 4). ¿No llama acaso la atención el recuerdo del Madrid legendario de la resistencia contra el fascismo y el sacrificio civil precisamente cuando no se fatigaban los comunistas en reiterar la superación de la Guerra Civil? Los mitos, se quiera o no, son siempre persistentes y más difíciles de evitar que las consignas tácticas. Los textos que siguen refuerzan la imagen de puños en alto, la presencia obrera y la multitud acompañando la marcha.

En la capilla ardiente

Madrid, capital del dolor y de la gloria

“¡Cómo voy a callarme, si me han asesinado a mi hijo!”, decía a sus familiares el padre de Angel Rodríguez Leal al abrirse los féretros que contenían los restos mortales de nuestros camaradas Rodríguez Leal, Enrique Valleira y Javier Sauquillo, en la capilla ardiente instalada en el Colegio de Abogados de Madrid. Más contenidas, las reacciones de las familias de Valleira y Sauquillo no fueron por ello menos impresionantes.

Fue un momento atroz, desgarrador, en medio de la impertinencia de los “flashes” de los informadores gráficos, a quienes por más que les haya endurecido su oficio, les temblaban las cámaras en la mano. Pues no se puede fotografiar, y menos describir, en un momento así, un patetismo tan terrible como el que produjo el descubrimiento de los cadáveres.

Millares de comunistas hemos florado con las familias de nuestros camaradas asesinados lágrimas de dolor y de rabia contenida, y con nosotros la inmensa mayoría del pueblo. Ni un solo comunista de Madrid dejó de acudir a rendir homenaje a los restos mortales de nuestros tres camaradas, y con ellos a los de Luis Javier Benavides y Serafín Hojuelo que, por decisión de sus familias, no fueron llevados a la capilla ardiente. También acudieron numerosos camaradas de todo el país, entre ellos Horacio Fernández Inguanzo, pese a su muy delicado estado de salud, Solé Barberá y Jordi Comil, con la representación del PSUC...

EL DUELO

El desfile de los millares de comunistas, de dirigentes y militantes de otros partidos políticos y de demócratas independientes que formaban las inmensas colas que rodeaban el Palacio de Justicia, canalizadas por el servicio de orden montado por todas las organizaciones del Partido, comenzó nada más instalarse los féretros, que habían sido introducidos a hombros por los abogados miembros del Partido. El duelo estuvo presidido por las familias, la Junta de Gobierno del Colegio de Abogados y el Comité Ejecutivo de nuestro Partido cuyos miembros se turnaron cada quince minutos. El primer turno lo formaron Simón Sánchez Montero, Pilar Brabo y Víctor Díez Cardiel, que fueron luego

revelados por Manuel Azeárate, Jaime Ballesteros, Ignacio Gallego y Luis Lucio Lobato. El camarada Santiago Carrillo, que hizo su aparición a las 3,30 de la tarde, montó también su

turno antes de salir, una hora más tarde, a la cabeza del cortejo que acompañó la salida de los féretros, efectuada también, como a la entrada, a hombros de los camaradas abogados. Todos los dirigentes políticos de la oposición democrática desfilaron ante los cadáveres de nuestros camaradas.

CIENTOS DE CORONAS

La salida de los féretros, precedida por el interminable desfile de las coronas mortuorias, cerca de un millar, enviadas por los trabajadores de las fábricas y oficinas, Asociaciones de Vecinos, Colegios Profesionales, partidos políticos, etc., reprodujo escenas de intensa emoción entre la inmensa muchedumbre congregada en la explanada del Palacio de Justicia y

que se prolongaba en las calles adyacentes.

Millares de puños alzados rindieron el saludo comunista a nuestros camaradas asesinados por la barbarie fascista.

El servicio de orden del Partido, identificado con brazaletes rojos, demostró al Poder lo que es el orden del Pueblo. No hubo ni un incidente en una concentración que congregó ante el Palacio de Justicia y en sus inmediaciones a más de 200.000 personas en medio de un impresionante silencio, sólo turbado por el ruido de los helicópteros de la Policía.

Apenas algunos gritos, rápidamente acallados por los militantes del Partido, cuando por imposición gubernativa la cabeza del cortejo debió despedir a los féretros en la calle Génova.

UN DERECHO Y UN DEBER

Si los fascistas han robado al pueblo la vida de cinco hombres que, como abogados y comunistas, las habían dedicado a su defensa, el Gobierno intentó robarnos lo que de ellos habían dejado sus asesinos: sus cadáveres. En efecto, durante toda la jornada del martes los



El sereno dolor de los padres de Angel Rodriguez.

Figura 4. *Mundo Obrero*, 27 enero 1977, p. 4

El número siguiente de *Mundo Obrero* (año XLVII, nº 5, 3 de febrero 1977) ofrece un diagnóstico de lo ocurrido: la inevitabilidad de la legalización del PCE, algo que la militancia se había ganado a pulso. Se trataba de invertir el razonamiento según el cual el miedo aconsejaba movimientos más cautelosos. El PCE se presentaba como abanderado y vanguardia de la reconciliación, pues la había practicado él mismo. “Frente al complot terrorista del Búnker. Impulsar el proceso democrático”: así rezaba la consigna. Si Carrillo advierte, resolutivo, que la legalidad del Partido no se sacrifica (p. 4), otro texto de Miguel Esteban (“De Montejurra a las matanzas de Madrid”) advierte de la existencia de un complot perfectamente organizado por parte de la ultraderecha, el verdadero peligro para la paz. Los siguientes números, cuyo estudio ex-

cede la intención del presente texto, formularán sin vacilaciones exigencias de legalización del partido, el permiso a Dolores Ibárruri para regresar a España y la preparación de la campaña electoral¹¹. Pero, claro, para entonces, el clima de catástrofe inminente ya habrá pasado.

Veamos, por último, cómo Radio España Independiente, concebida como un dispositivo de propaganda para la comunidad de simpatizantes y antifranquistas no solo de España sino del exilio o incluso la emigración, trató el fenómeno. ¿Qué añade esta intervención casi instantánea sobre los hechos a lo ya dicho?¹²

La primera constatación es que el Partido se encuentra fuertemente determinado por su estrategia y que, por consiguiente, hay una supeditación de la respuesta concreta a la consigna. Tal rasgo resulta mucho más evidente en los contenidos de REI que en Mundo Obrero. En el órgano del PCE, la perspectiva de conjunto se imponía a los hechos. En REI, por contra, la información es abundante, pero aparece orientada por las directrices que Carrillo estaba dando a la organización. En segundo lugar, las ideas de ‘pacto de orden público’, el acercamiento a las medidas del gobierno, se imponen como algo sorprendentemente más moderado de lo que lo harían otros partidos. Del mismo modo que Luis Lucio Lobato asumía como inevitable la amnistía para los asesinos de sus camaradas si la quería para todos, el PCE se muestra extremadamente moderado respecto a toda medida económica o política. En tercer lugar, a lo largo de las distintas noticias, se van imponiendo ciertas marcas simbólicas identificables en dos: los claveles rojos y el puño en alto. El 26 de enero, resumiendo lo dicho por France Press sobre la manifestación de luto, REI señala que la ‘ceremonia’ [sic] ha tenido un papel, pues “la palabra comunista era sinónimo de ‘bandido’ hace poco, mientras ahora miles de españoles levantaban el puño”. Por su parte, el corresponsal de Reuter señala que “una de las consecuencias de las violencias de estos días ha sido la de probar la popularidad y fuerza del Partido Comunista” (26 de enero).

Pues bien, en tocando a Carrillo, hallamos la piedra de toque de la actividad internacional del partido, complementaria de la nacional. Santiago había sido entrevistado para *Der Spiegel* (publicada el 24 de enero de 1977, día de la matanza, pero, por supuesto, antes de ocurrir) y REI refiere las declaraciones del dirigente el 26 del mismo:

“Ha llegado la hora de que todas las fuerzas vivas de la sociedad, oposición, Gobierno y lo que sea, establezcan un pacto nacional para la paz y la libertad, sacrifiquen o aplacen reclamaciones honestas, y convoquen de inmediato las primeras elecciones libres en casi medio siglo. Y de ahí tiene que salir un Gobierno que cuente con el consenso mayoritario nacional y que desmonte de una vez por todas a estas fuerzas del terror que hasta ahora están haciendo mangas y capirotos del país”.

¹¹ Sobre la estrategia de llegada de Dolores Ibárruri a España, algo que se está gestando en paralelo al desembarco entero de la dirección del PCE en la calle, vide Benet (2013), así como el texto del mismo autor que forma parte de esta sección monográfica.

¹² Radio España Independiente (transcripciones de emisiones). Año 1977, 26 al 31 enero (vol. 807). Conviene recordar que la ‘Pirenaica’ estaba cumpliendo sus últimos servicios al partido y que, por razones obvias, cesó las emisiones el 14 de julio de ese mismo año de 1977.

Y prosigue:

“Ya no basta con ser moderado, ya no basta con tratar de gobernar el paz, hay que hacer frente a una monumental amenaza que pesa sobre nosotros. Nos quieren hacer añicos al país. Ha llegado el momento de que Gobierno y oposición convoquen a la opinión nacional, para que demuestre multitudinariamente en la calle que no bastan mil bárbaros para torcer nuestra marcha”.

Lo curioso de estas declaraciones es que no cambian de sentido a pesar de la matanza. O, dicho en términos de praxis marxista, lo que va a variar es la táctica concreta para proponerlas, pues la coyuntura ha variado, pero no la estrategia a medio plazo. Ahora se trata de tomar el protagonismo en la respuesta a una agresión dirigida contra los comunistas. Pero si regresamos al presente del entierro, Carrillo hace sus primeras declaraciones en el momento del levantamiento de los cuerpos y pide que estas víctimas sean las últimas, añadiendo que contribuirán a la reconciliación y a la paz de todos los españoles (26 de enero).

El primer programa de radio del día 26 lleva este titular: “Una jornada inolvidable. O cuando el dolor se hace firmeza y serenidad”. Subraya que el servicio de orden estuvo garantizado por millares de jóvenes militantes del PC, con brazaletes rojos, que el cortejo fue presidido por Santiago Carrillo, dirigentes de los demás partidos y organizaciones sindicales y la Junta Directiva del Colegio de Abogados encabezada por su Decano. La lectura de esta transcripción da a entender (citando a France Presse) que Carrillo mantenía el control de la ceremonia en los límites impuestos por el gobierno; lo cual, como sabemos, es bastante sesgado, pues el dirigente abandonó la manifestación poco después de su comienzo.

En suma, REI ofrece algo singular a la documentación anterior: se hace eco de la prensa internacional proyectándola sobre la actualidad española, por supuesto en todo cuanto hace de Santiago Carrillo una verdadera *star* del momento. Más que del partido, se trata de la persona. De este modo, si las medidas y consignas son muy moderadas, como los mensajes lanzados por el secretario general a la prensa internacional, la situación española se presenta como indisolublemente ligada a los destinos del PCE.

8. Conclusiones: un puño para la reconciliación

La Transición constituye un fascinante caso de los espinosos problemas que plantea un acontecimiento en historia y, en particular, en la historia reciente. Por una parte, su mero nombre –transición–, por más que comúnmente aceptado, casa mal con la idea de relato: transición alude a un paso entre dos estados. Para que ese cambio de estado se convierta en eficaz narrativamente ha de asumir protagonistas que se hayan planteado objetivos coincidentes con el efectivamente logrado, es decir, unos agentes de la teleología. Por otra parte, las fronteras, tanto de la partida como de la llegada, no son sencillas de establecer y cada cual decide su origen y su culminación en función de premisas narrativas propias. En consecuencia, pueden cambiar los protagonismos y los objetivos. Ahora bien, una vez asentado el canon, el historiador no puede dejar de hallar micro-episodios que componen el gran acontecimiento, algunos de los cuales podrían ser considerados a su vez acontecimientos. Es esto lo que sucede con la

semana negra o trágica y su nudo, la matanza de los abogados de Atocha 55. Hemos tratado en este texto de descender a ese instante que representa un punto de giro o peripecia, partiendo del canon que le otorga un papel sin falla hasta la crónica de sucesos en la que las noticias brutas ya aparecen subsumidas, aunque embrionariamente, en proyectos de interpretación e, incluso, objetivos políticos concretos. La matanza de Atocha y la respuesta de la oposición supuso una peripecia en sentido aristotélico, una inversión de la fortuna también del PCE, pues cambió para siempre la imagen sociológica que la sociedad tenía del partido, arrastrando en la mutación el sentido de los iconos del comunismo. Los medios de comunicación desempeñaron en ese proceso una labor insustituible, tanto como el cine posterior y el periodismo televisivo lo han jugado en la canonización de la Transición.

Sin embargo, si es evidente que el ‘sacrificio’ de la noche del 24 de enero de 1977 tuvo el sello comunista, no lo es tanto que los movimientos pro-amnistía, la respuesta serena, la organización del dolor, sean exclusivamente comunistas. Y las interpretaciones de la época lo prueban cumplidamente. En esos cortes históricos que hemos impuesto a ese microepisodio clave se advierten las vacilaciones, los préstamos, la fosilización, de ese metarrelato de la Transición que Elías Andrés y Victoria Prego pusieron en imágenes, crónica narrativa y carne de protagonistas. Diseccionar su construcción es una forma de analizar el mito.

9. Referencias bibliográficas

AAVV (1980): *La matanza de Atocha*. Madrid, Akal.

ANDRADE BLANCO, Juan (2014): “Santiago Carrillo en la transición: historia y mito del secretario general del PCE”. *Historia del presente*, núm. 24, 2014/2, pp. 59-76.

ARISTÓTELES (1988): *Poética*. Madrid, Gredos, ed. de Valentín García Yebra.

BENET, Vicente J. (2013): “La imagen de Pasionaria en los años setenta: un caso de reciclaje del carisma en procesos de transición política”. *Iberic@l*, 4, pp. 41-52.

CARRILLO, Santiago (1993): *Memorias*. Barcelona, Planeta.

CARRILLO, Santiago (2012): *La lucha continúa*. Madrid, Aguilar.

CABREJAS DE LAS HERAS, Gloria (2007): “La matanza de Atocha y la semana negra de la transición española”. En BUENO, Manuel; GARCÍA, Carmen; & HINOJOSA, José (coords., 2007): *Historia del PCE. Congreso, 1920-1977*, vol. 2, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, pp. 399-411.

FUENTES, Juan Francisco (2011): *Adolfo Suárez. La historia que no se contó*. Barcelona, Planeta.

GALLEGO, Ferrán (2008): *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*. Barcelona, Crítica.

MOLINERO, Carme y YSÀS, Pere (2007): “El partido del antifranquismo (1956-1977)”. En BUENO, Manuel; GARCÍA, Carmen; & HINOJOSA, José (coords.,

2007): *Historia del PCE. Congreso, 1920-1977*, vol. 2, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, pp. 14-32.

MORÁN, Fernando (1986): *Miseria y grandeza del partido comunista de España*. Barcelona, Planeta.

PRESTON, Paul (2013): *El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo*. Barcelona, Debate.

RUIZ-HUERTA CARBONELL, Alejandro (2002): *La memoria incómoda. Los abogados de Atocha*. Burgos, Dos Soles.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel (2006): *Crónica sentimental de la transición* [1985]. Barcelona, DeBolsillo.

Vicente Sánchez-Biosca es Catedrático de Comunicación Audiovisual en la Universidad de Valencia y director del proyecto *Carisma y Transición*. Ha sido profesor invitado en New York University, París 3-Sorbonne Nouvelle, Paris-Sorbonne, Montreal, Sao Paulo. Autor de *NO-DO. El tiempo y la memoria* y *El pasado es el destino. Propaganda y cine del bando nacional en la guerra civil* (ambos con R. R. Tranche), *Cine y guerra civil española* (2006).